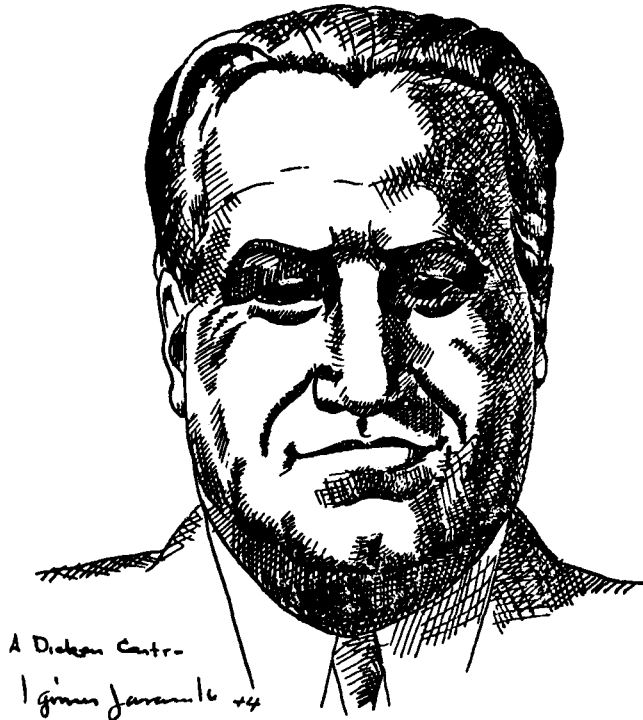


UN CUENTO DE ALFONSO CASTRO



ALFONSO CASTRO

Nació en Medellín, el 27 de octubre de 1878 y murió en Bogotá, el 7 de octubre de 1943.

Se graduó médico y cirujano en Medellín, en la Universidad de Antioquia, con tesis titulada: "Antisepsia Asepsia".

Ejerció su profesión en Pereira, luego en Medellín y, finalmente, en Bogotá.

Fue profesor por muchos años en la cátedra de Patología General en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia y Decano de la Facultad; miembro de la Academia de Medicina de Antioquia y de la Academia Nacional; de la Sociedad de Cirugía del Hospital San José; Director de la Campaña Anti-

uncinariásica en Antioquia y Director Departamental de Higiene. Fundador y propietario de la Clínica "La Merced", de Medellín; Editor de la revista científica "Notas de La Merced"; cirujano de la "Clínica Noel", de niños, por muchos años.

Como periodista colaboró permanentemente en "El Diario", el "Heraldo de Antioquia", el "Correo Liberal". Y miembro de la revista "Alpha", de Medellín. En "El Tiempo", con su columna "Rumor de Enjambre", "El Espectador", "Cromos", en Bogotá.

Como político fue miembro del Directorio Liberal de Antioquia, Diputado, Representante a la Cámara por Antioquia, Tolima, Valle y Caldas, Senador por Antioquia en varios períodos.

STRADIVARIUS CRIOLLO

Cada alarido de la parturienta era como un rayón hondo en el alma de Jorge Romero. Jamás en su corta vida había oído tales gritos de angustia, rítmicos, periódicos, desgarrantes, seguidos de cortos intervalos de reposo, en que la mujer quedaba exhausta, flácidos los miembros, entornados los ojos, sudorosa la faz.

Estúpida la naturaleza cuando así torturaba a un ser delicado, después de deformarlo y someterlo a prueba tan violenta. Estúpido el amor, que en el hombre era placer y en la mujer un penar de nueve meses para luego terminar en aquella horrible tragedia, en que las carnes martirizadas, antes tersas y hermosas, tornábanse en doliente martilleo de fuerzas implacables.

¡El amor!

Miraba en torno: por todas partes el desamparo, en el último cartucho de la humilde casa de huéspedes. Hacíanse palpable su miseria al contemplar, por mobiliario, el desvencijado catrecillo de estudiante, donde yacía la paciente entre pobres mantas revueltas; una mesa de pino desmantelada, que soportaba algunos libros de derecho, un termo de café y unas cuantas vasijas de loza ordinaria y dos o tres sillas, tan maltrechas como el catre.

Pensaba en su situación desesperada asistiendo al acto fisiológico y misterioso, sin saber que partido tomar. La casera, indiferente, se había acostado desde las diez, manifestándole que el hecho “era natural”, que “eso les ocurría a todas las mujeres”. Y él allí, en la más cruel de las soledades, sin un centavo en el bolsillo y en la absoluta incapacidad de llamar un médico.

Maldecía la hora en que había seducido a la infeliz muchacha en un café, donde concurría por las noches a preparar sus lecciones. La quiso con ese afecto de los primeros años, que tiene más de vanidad que de sentimiento. Agradábale hablar

de “su mujer” ante los condiscípulos, y su pecho se explayaba con brote de orgullo, cuando, en las noches, llevándola del brazo, se encontraba con algún conocido, que al día siguiente le hacía bromas. Sentíase un pequeño donjuán irresistible.

La pensión que le enviaban de su hogar lejano, bastábale para que los dos no padecieran de hambre, y alguna vez, con el producto de oficios menudos, tenían hasta para ir al cine o consumir un modesto “piquete”, los domingos, en el Parque Nacional.

Pero ahora la cosa era diferente. Allí estaba la realidad brutal, vengadora, llenando el ambiente de ayes y oprimiendo el alma bajo la prensa de la impotencia y del más pávido de los enigmas.

¿Qué ocurría? La desdichada, ante tanto sufrimiento, tenía que morir sin remedio, y entonces, ¿qué sería de él? . . . Le salió al paso su responsabilidad, el castigo providencial a lo equívoco de su vida, pues aún en el fondo guardaba la integridad de sus creencias infantiles. Luego en el caos de su cerebro, surgió el temor de la investigación policiaca, los malévolos comentarios de la pensión, en que nadie tenía piedad de nadie, las notas infames de los periódicos, que se alimentan de los delitos o de las faltas del prójimo.

En ansias de espanto miró a la desdichada y la vio martirizada, desfigurada, horrible, con todos los músculos del rostro contraídos, crispados los puños, entreabiertas las piernas en apoyo supremo, superpuestos a las curvas y rasgos graciosos, que antes habían constituido su delicia, no sé qué lineamientos de aborigen vencido y estropeado por un destino implacable.

Lloró como un niño, con el semblante oculto entre las manos, la cabeza desmenada, sentado al borde del camastro.

Al fin, un grito inmenso y sostenido que

desgarró la noche, como desgarró las carnes femeninas y, después, la calma de la mujer, dentro de un leve temblor y de una palidez de agonía, que no obstante estaba regada de paz.

Romero, instintivamente, levantó las mantas y aterrado contempló un cuerpecillo como de cera, todo apelonado, sin movimiento alguno, en un lago de sangre.

Poco a poco fue abriendo los ojos la madre, y murmuró con voz queda:

—Negrito, el muchachito está muerto. No llora, ni lo siento moverse.

—Cállate, no te preocupes— dijo el padre acariciando la cara entristecida—. Voy a llamar a un médico.

Pero sin dinero, a ¿quién llamaría? De nuevo lo punzó la realidad de su miseria. Sentíase un parálítico del alma. Solo, bajo el techo de la vivienda miserable, en la noche fría y cargada de amenazas.

De repente un boquete de luz se abrió en su espíritu. ¡Si allí cerca vivía el doctor Zamorano, el loco bohemio y noble, pródigo de alma y por lo mismo exhausto de bolsa! Amigos habían sido en cualquier hora de jolgorio, cuando aquél había irrumpido a la mesa de estudiantes, donde se encontraba en un café.

—Esté tranquila, mijita, que en el momento vuelvo. Voy por el doctor.

Y salió, envolviéndose el cuello en una bufanda, único abrigo que poseía.

A poco regresó con Zamorano. Este, vivaces los ojillos, sonreído, con el eterno cigarro en los labios, que nunca daba humo:

—¿A ver qué es lo que ocurre?

Rápida la acción: masajes en el bajo vientre, aseo de la enferma, ligadura del hilo uretricio de la vida, inyección de ergotina, envoltura del chico en cualquier pedazo de sábana.

—Bueno, lo que es éste, está muerto. . . Viejo, debías haberme llamado antes. Hubiera tenido mucho gusto en atender-te.

—¡Muerto mi muchachito! , después de tantos sufrimientos! — exclama la madre, mientras dos hilos de lágrimas le surcan las mejillas.

—¡Eh! , Carmencita, no se preocupe. Uno menos que aguanta esta vida. . . Queda mucho tiempo para el otro. Y ojalá que no venga. Se lo digo por experiencia. Yo tengo cinco, y usted no sabe lo que son cinco pares de zapatos a cada rato, y el vestidito para el uno, y el trajecito para la otra, y el regalo del cumpleaños, y la vainita de la primera comunión. . .

Todo arreglado, la enferma adormilada, los dos amigos se retiran al corredor, ante la noche solemne, afelpada con el hondo silencio del patio trasero de la indeseable casa de huéspedes.

De repente, el clarinazo de un gallo de las vecindades, que proclama su virilidad, y luego, el de otro lejano, y el otro más distante. Y, por último, el aullido de un perro a la distancia, y el de otro, y de otro.

—Bueno, mi viejo —dice Zamorano—, lo que hay que pensar ahora es en enterrar la criatura. . . ¿Con cuánto contamos?

—¡Ay! , doctor, no tengo ni cinco, ni siquiera para el tranvía— responde Romero desolado.

—Bueno, quiere decir que estamos fregados con j. Pero todo se arreglará. No te preocupes. Ponciano Amézquita es el jefe de enterradores, es mi amigo, y. . . ya verás. . . lo he tratado y nunca le he cobrado un centavo.

Zamorano se queda pensativo breves instantes, en tanto que busca y rebusca en los bolsillos del pantalón y del chaleco:

—La vaina es que yo también estoy limpio, y necesitamos el cajoncito para enterrarlo. . . Porque lo que es para el tranvía, sí tengo algo. . . Si fuéramos donde Villamarín, que es un cachaco. . . Pero está tan lejos, y es tan tarde. . . Hombre, por casualidad, ¿no tienes por ahí una caja grande? . . .

— ¡Qué voy a tener, si esta casa es la guarida del desamparo!

Paséase el médico, frotándose las manos ateridas de frío y entra a inspeccionar a la enferma. Después de pulsarla y palparle el vientre, echa una mirada escudriñadora por todas partes.

— ¡Hola! , y esa caja de violín colgada de la pared, ¿qué significa?

— Verdad, doctor, ni me acordaba. . . Es que yo, en mis horas de murria, que son las más, le jalo al “tísico instrumento”. Es lo único que no he empeñado, porque después de todo, no me dan ni un peso por él.

— ¡Hombre, pues allí está la salvación! Para algo habían de servir tus aficiones. Hemos encontrado ataúd para el chico.

Y, sin más, súbese a un taburete y alcanza el instrumento. Sacúdele el polvo con el pañuelo y después de hacer a un lado el violín y de envolver la criaturita en humilde pañal, fajándola bien cual si se tratara de una momia egipcia, la coloca en la caja con sumo cuidado y cierra las dos chapetas.

— Estamos listos. Vamos. . . Adiós, Carmencita. Esté tranquila que horita volvemos.

Romero besa la frente de la amada y la acaricia palmoteándole suavemente las mejillas y salen, llevando aquél la melancólica carga.

Noche despacible, con un frío intenso que baja de los cerros de Guadalupe y Monserrate. En la cúspide de este último, la capilla se arrebosa, como cosa de ensueño, en un velo de neblina. Cuadras y cuadras, por la Carrera Séptima, sin encontrar un transeúnte, ni escuchar el trepidar de un tranvía. Sólo a la distancia el grito monótono de ¡“El Espectador”! de un pobre ciego arropado en una ruana parda y con un rimerito de periódicos debajo del brazo. Aterida y dormida la ciudad, bajo el amparo de las bombillas eléctricas que riegan barniz dorado sobre el asfalto renegrido.

Cruzan el Parque de San Diego y enfilan por la calle veintiséis. Todo hermético,

entregado al sueño. Al fin llegan al bar “Las Fosas”, frente al cementerio.

“Las Fosas” es algo típico, con destacado y personalísimo ambiente, entre cantina y chichería. La puerta está entreabierta y un vaho de luz, venido de adentro, lame el suelo. Entran los amigos y topan con doña Dioselina, la patrona. Robusta la señora, de senos prominentes y amplias caderas, abrigada en oscuro pañolón. Está tras el mostrador, alumbrada por una pálida luminaria, que borrona un tanto sus rasgos de chibcha. En la semioscuridad de un rincón, ante una mesa resobada y sentados en asientos redondos de madera, tres individuos de sospechosa catadura consumen cerveza. Y por cierto que las libaciones no han sido escasas, pues más de una docena de botellas vacías se enfilan contra el muro.

— ¡Qué milagro, doctorcito! — exclama Dioselina, al ver a Zamorano—. Hacía mil años que no se dejaba ver. ¡Con lo que aquí se le quiere!

— Pues, ya ve. . . Y venido sólo por saludarla. Yo no olvido jamás a los amigos y. . . sobre todo a las amigas. . .

— ¡Siempre tan zalamero! Pero entren y se sientan. . . Tomen algo. . . Con el frío que está haciendo. . .

— Pues, precisamente, entre otras cosas, a eso venimos, y a ver qué hay del compadre Ponciano. . .

Entretanto la dueña del bodegón limpia con un trapo una mesita que coloca junto a la entrada y apresta dos asientos:

— Pues Ponciano no vendrá sino por la mañana, por ay de las 8 a las 9. . . Pero sientensen sus mercedes y aquí lo aguardan.

— Claro que nos sentamos, mi querida amiga. . . Estamos pasados y venimos con una gran gana de un doble que usted nos va a fiar — responde el médico.

— ¡No faltaba más! Con muchísimo gusto. . . ¿Les sirvo un puro, como siempre, mi doctor?

— Sí, un puro doble y bien cristalino, que nos caliente hasta los huesos.

Y los dos amigos, ya bien acomodados, apuran las copas de un solo sorbo, en tanto que la caja funeraria es colocada a un lado, en el suelo.

Las libaciones continúan, y aquellos entran en el terreno de las confidencias y de las mutuas protestas de afecto. Después hablan de ciencias, de filosofía, de arte. Recítanse bellos poemas de amor y, en un momento, Romero vierte lágrimas por la mujer querida y por el muchachito, que pronto consumirá la tierra.

Mientras tanto, la noche después de hundirse en colores gualdas, argentados y cárdenos por el lado de oriente, deja el paso libre a la mañana que va dorando cumbres y planicies, sembrados y oquedades, piedras y techumbres, con caricia de clamoroso estremecimiento, desparrramado en mil notas musicales que, como otras tantas gemas fecundas, esplenden ante la vida para proclamar la gloria de la existencia.

De rato en rato, hombres, mujeres y muchachos madrugadores, entran a "Las Fosas", en busca de comestibles o de algo líquido. Algunas de las mujeres llevan canastos de flores frescas, aún con rocío de la mañana en las corolas, para vender a los visitantes del cementerio. De cuando en cuando, indios de alpargatas blancas, de ruanas gruesas y de sombreros mugrientos de fieltro, con las alas caídas, consumen uno que otro rubicón.

Hablan de los sindicatos, del partido liberal, de los gobiernos de los doctores López y Santos. Pecho adentro, están convencidos de que la nación, bajo su égida, sería algo irreprochable.

—Porque aquí lo que faltan son machos, que les sepan trancar a los godos y que tengan de esto —dice uno medio bizzo, entre eructo y eructo, señalándose con el índice la frente.

—¡Claro, viejo! Vos sos un caliente y tenés toda la razón. . . Machos de verdá, que agarren, y que no nos tallen con la convivencia. . .

La mañana está en triunfo y el aire, cargado de aromas de los plantíos de la sabana, no obstante el olor peculiar y molesto de la cantina, se columpian en suavidades de seda. La nota de frescura esplendorosa, con un leve matiz verdoso de tallos nuevos, domina por doquiera y penetra el espíritu de alegría. Por la carretera vienen y van carros y camiones trepidantes, que rayan la serenidad matutina con el espíritu de las bocinas.

Al fin, Ponciano aparece, entrecana la aindiada pelambreira, bondadosa como siempre la sonrisa, regada por todas las facciones, ligeramente congestionado por el frío.

Abórdalo Zamorano y, después de efusivos saludos, nárrale el caso en voz baja.

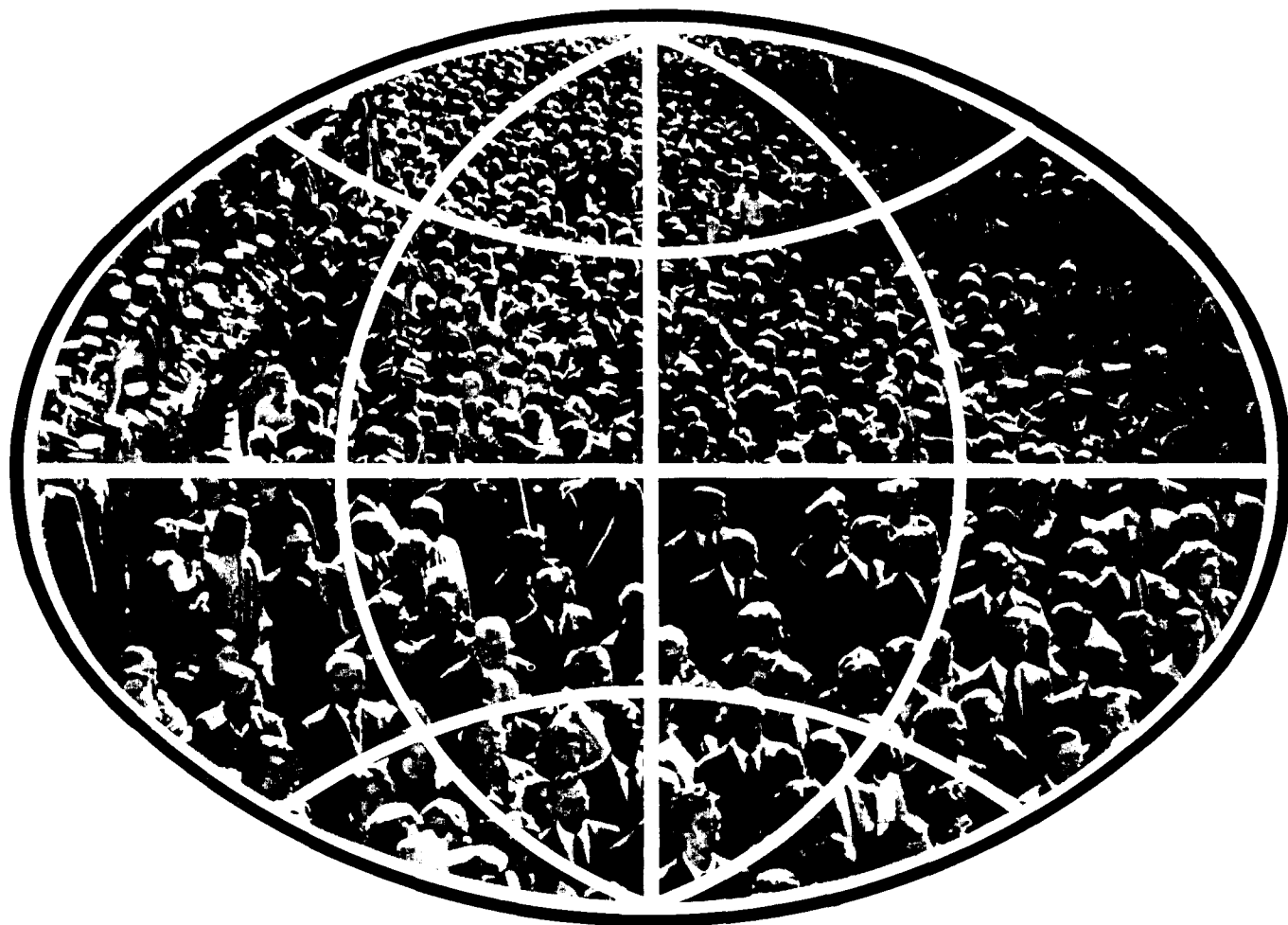
—A usté lo que quiera, mi doctor. ¡No faltaba más! Figúrense, con lo bueno que ha sido usté con nosotros. . . Es ya que le enterramos al muchachito.

—Bueno, chato, esto está hecho —dice Zamorano a Romero, muy complacido, poniendo de manifiesto la mosca del bigotillo chaplinesco y con los ojos un tanto desorbitados y brillantes por los "puros"—. Ya vez que todo tiene arreglo. No hay que aflojarla nunca. . . Coge la caja, y vamos.

¿Pero dónde está la caja? ¿Dónde está, por Dios? Buscan y rebuscan por todas partes. Indagan. Comentan. Los visitantes forman grupos rumorosos al enterarse del suceso. Pero la caja no aparece, ni ha aparecido hasta el presente.

Se la robaron creyendo que se trataba de un violín.

CIBA-GEIGY no escatima esfuerzos
para investigar y producir
drogas de buena calidad.
Ellas protegen tu salud.
Por ello . . .



millones

**confían
en
nosotros**

CIBA-GEIGY COLOMBIANA SA, División Farmacéutica